



**LOS
TERRITORIOS
AUSENTES**

**MISSING
TERRITORIES**

URIEL QUESADA



LOS TERRITORIOS AUSENTES

URIEL QUESADA

Recuperando el pasado, creando el futuro

Arte Público Press
University of Houston
4902 Gulf Fwy, Bldg 19, Rm 100
Houston, Texas 77204-2004

Diseño de la portada por Mora Design
Arte de la portada por Gustavo Duque

Library of Congress Control Number: 2021941033

∞ El papel utilizado en esta publicación cumple con los requisitos del American National Standard for Permanence of Paper for Printed Library Materials Z39.48-1984.

Copyright © 2021 por Uriel Quesada

21 22 23

4 3 2 1

A Morbila Fernández, Martín Sancho y Milton Machuca,
compañeros de viaje

Conozco al monstruo,
he vivido de sus entrañas.
Yo también soy monstruo.

Gustavo Pérez Firmat

ÍNDICE / TABLE OF CONTENTS

LOS TERRITORIOS AUSENTES

Los territorios ausentes	1
Escuchando al maestro.	71
Retrato hablado	83
Lejos, tan lejos	91
Dios ha sido generoso con nosotros.	103
Salgo mañana, llego ayer	117
Apuntes para un cuento policiaco	133
Arriba, abajo, al lado	153
Cementerio de carritos.	165
La multitud.	175



MISSING TERRITORIES

Translator's Note	211
Missing Territories	213
Listening to the Master	283
Sketch Artist.	295
Far Away, So Far Away.	303
God Has Been Generous with Us	315
I leave Tomorrow, I'll Arrive Yesterday	331
Notes for a Detective Story	347
Bottoms Up!.	367
A Cemetery for Carts.	381
The Crowd	391



LOS TERRITORIOS AUSENTES

Travel is a vanishing act.

Paul Theroux

Ayer mi madre me contó por teléfono que papá se estaba quedando ciego.

—Él no dice nada, como siempre, pero lo noto ahora que le ayudo con las compras del mercado.

Su voz no transmitía emoción, no como quien da una mala noticia, sino como quien corrobora un hecho de por sí ya intuido. —Se acerca al borde de la acera y duda. Hasta hace poco yo no entendía y pensaba que era otra necesidad de viejo. Lo veía balancearse, después dar un brinquito al pavimento. Quería regañarlo, pero decidí esperar. Vos sabés cómo es tu papá. Suspendió la suscripción del periódico, según yo porque la plata no alcanzaba, como siempre, pero ahora sospecho que no puede leerlo, aunque usa un lente que tiene escondido bajo llave . . . tal vez te lo diga cuando hablés con él . . . hace poco lo mandé a comprar unas salcitas para adobar carne, pero trajo las incorrectas. Su excusa fue que los frascos se parecían . . .

Se detuvo un momento para tomar aire. Yo no había dicho nada hasta momento, así que me preguntó si aún estaba ahí.

—Sí, mi mama, dígame.

Entonces empezó a hablar de otra cosa, de las dolencias de una señora a quién yo no recordaba. Luego me explicó que papá recién

llegaba con los comestibles del día y, aunque también se estaba quedando sordo, aún podía oír lo que le interesaba.

—Un día de estos decidí preguntarle directamente si ya no veía —continuó luego de otra pausa, seguro para asegurarse que mi papá no se hallaba cerca—. Como te podrás imaginar no me contestó con un ‘sí’ o un ‘no’. Se puso bravo, me dijo que lo dejara tranquilo, que no fuera metiche. ¿A vos qué te parece?

Creo haber respondido con una mezcolanza de resentimiento y cansancio. Seguidamente le ofrecí apoyo incondicional a mi madre, pues si era cierto que papá se estaba quedando ciego, la responsabilidad de la casa y de la relación recaería al cien por cien en ella. En aquel momento en mi vida, apoyo significaba principalmente dinero, el que pudiera rescatar de una vida desordenada, deambulando de aquí para allá por ciudades y pueblos de Estados Unidos. Mi mamá ya no tenía claro exactamente dónde yo residía, y a sus amistades les hablaba más bien del lugar desde donde le había hablado la última vez. Ella trataba de explicar(se) mi comportamiento en términos de su falta de educación. Le decía a la gente que no podía recordar el nombre del sitio donde yo me encontraba porque nunca aprendió bien geografía en la escuela. “Los Estados Unidos es tan grande”, solía justificarse. “Una ni se lo imagina”.

Mi madre venía de un pueblo tan pobre que en la escuela ni siquiera tenían un buen mapa de América. El único a disposición de los alumnos estaba rasgado en varias partes, y el maestro apuntaba con su temible regla metálica el vacío y les pedía a los niños que imaginaran los territorios faltantes, sus riquezas, sus gentes. Sin embargo, la verdad podía ser otra: Mi madre pocas veces había salido de Cartago, una ciudad pequeña entre montañas, donde las nociones de distancia eran muy particulares. Fuera de los límites de Cartago todo parecía estar atterradoramente lejano. Unos cuantos cientos de kilómetros conducían inevitablemente a otro país, es decir a ese extremo del mundo donde todo era diferente y amenazador. Cuando era niño yo mismo sentí esa sensación de extravío hasta que leí algunos libros, le creí a las películas y conocí a gente que tenía otras experiencias. Esas personas me enseñaron a soñar con espacios que yo apenas podía

LOS TERRITORIOS AUSENTES

entender, pues me faltaban imágenes, sonidos y sabores. Después crecí y me harté. Las hermosas alturas alrededor de mi ciudad empezaron a ahogarme y un día vendí mis discos, un viejo pickup que adoraba, unos aretes de oro que pertenecieron a mi abuela, y me subí a un avión sin contarle nada a nadie. No hubo ceremonia de despedida, ni deseos de buena suerte. Mejor así.

Horas después estaba en Los Ángeles, tan lejos de todo que la idea de distancia se fue deshaciendo rápidamente en su propio absurdo. Llegué, como la gran mayoría de los indocumentados, por la puerta grande de un aeropuerto, con una visa que me daba unos meses de libertad para explorar mis sueños y tomar decisiones. Le dije al oficial de migración que apenas le entendía . . . “Yo ¿Yo? ¡A los parques de diversiones! ¿Yo? Mall. ¿Entiende? Shopping . . .” Al rato crucé esas puertas que se abren como por encanto, que separan el mundo aséptico y refrigerado del aeropuerto de la ferocidad de la calle. Allá afuera algo bullía, algo terrible y hermoso como el cuerpo desnudo de un desconocido. ¿Era eso Los Ángeles? ¿Acaso esa multitud congregada en el aeropuerto? Se apiñaban ahí todas las voces, todos los aspectos físicos, todas las actitudes. Había miradas ansiosas, tristes, alegres, indiferentes, oscuras. Vos salías a los ruidos, mi mama, pues los ruidos te recibían al otro lado de la puerta antes que el calor o el frío de la estación. Algunos eran inmediatos, como los murmullos y gritos de las personas, o los avisos de los altavoces, o los vehículos en su ir y venir. Otros sonidos surgían del fondo, de la noche misma, como el rugido de un animal oculto que merodeaba en algún rincón imposible de señalar. La bestia que es Los Ángeles nunca duerme, no te acoge ni te expulsa ni te promete nada, solo está.

Sí, de repente ésa era Los Ángeles. Amanecía en tonos grises, el rugido de fondo se volvía más intenso. Y yo estaba allí con la dirección del amigo de un amigo en la mano y una extraña sensación en las tripas, no tanto de miedo como de vértigo. Me había esfumado de todo, desvanecido como ocurre con ciertos recuerdos, y esa posibilidad de ser un espectro me causó un delicioso estremecimiento. Ahora solamente tenía dos retos: sobrevivir y explicarle a mi madre mi partida.



La ciudad, aparentemente interminable, en algún momento se topaba con el mar. Tomé varios autobuses, no cualesquiera sino aquellos que me llevaran al oeste. Según me habían dicho, en esa área encontraría los parques donde los indigentes dormían. Eran amplias extensiones llenas de palmeras, con senderitos de cemento bordeados de arbustos. Los indigentes le daban un aspecto ruinoso, destruían el césped, echaban a perder las fuentes de agua y los baños públicos, donde además dejaban las paredes repletas de mensajes sin destinatario preciso: reclamos, invitaciones y proclamas a quien quisiera leerlas; dibujitos obscenos, garabatos sin sentido aparente, nombres, muchísimos nombres . . . Esas zonas de mendigos eran territorios libres. La policía solamente entraba cuando había incidentes, aunque siempre de noche una patrulla vigilaba desde cierta distancia. De cuando en cuando un fuerte haz iluminaba los arbustos, las cajas de cartón acomodadas como féretros sobre las bancas, los bultos escondidos entre las plantas. De cualquier modo, esos hombres y mujeres eran invisibles. Bajo la luz del día ni los oficiales, ni quienes iban rumbo a la playa, ni quienes paseaban o hacían ejercicio en los bulevares eran capaces de verlos. Solamente existían para algunas iglesias, cuyos voluntarios llegaban por las tardes con mensajes de salvación y comida. Los mendigos también éramos parte de un paisaje móvil para quienes nos necesitaban como objeto de estudio, principalmente investigadores de las universidades. Venían en grupo con sus estudiantes y se iban parque adentro a encontrar quién contestara algunas preguntas a cambio de dinero, o se dejara tomar muestras de sangre o hacer un examen físico cuyos resultados nunca nos eran notificados. Objetos de ciencia o simplemente objetos, de eso no pasábamos. Ahí, en el parque frente al mar, podría instalarme mientras me orientaba para encontrar al amigo de mi amigo.

Hube de competir con los mendigos. Había un largo paseo peatonal donde nos tirábamos a pedir limosna. Algunos tocaban guitarra, otros hacían figuritas de papel, otros rogaban compasión como buenos actores. Yo me dejaba caer al piso con un torpe rótulo, *No Ta-*

LOS TERRITORIOS AUSENTES

lents, casi colgándome de las manos. Y quizás por la sencillez del mensaje, o porque parecía más invisible que los otros, o simulaba mejor la sinceridad, las personas me daban algo de dinero, lo suficiente para malvivir en el parque y llamar a mi madre cada sábado a las diez. “¿Estás dónde?”, preguntó incrédula. Para ella no resultaba extraño que yo hubiera desaparecido. A veces lo hacía por una noche o dos; en otras ocasiones no volvía en semanas, pues me había marchado simplemente por el impulso de explorar mis propias posibilidades, o siguiendo el rastro de un aroma a hombre. “Los Ángeles, ¿cómo así?” Su voz se había sumido de repente en una soledad sin posibilidades de alivio, entre la perplejidad y la rabia, entre el desamparo y el miedo. Supe que mi madre iba cayendo vacío abajo, y que por muchos días no haría otra cosa que seguir descendiendo, arrastrada por mi ausencia. “¿Y qué va a ser de nosotros sin usted?” Traté de calmarla con todas las frases hechas que se me vinieron a la cabeza, pero los dos sabíamos que no había respuesta alguna. Al final nos habíamos perdido, y de ahora en adelante cualquier gesto o palabra significaría algo distinto y nuestros lazos habrían de rehacerse a punta de desencuentros y reconciliaciones.

De ese modo me fui quedando en Los Ángeles, la ciudad inabarcable. “Buscá a ese mae”, me había dicho mi amigo. “Tener a alguien conocido en tierra extraña es como una ventana en un caserón abandonado: Aunque sea incómoda te permite entrar. Una vez adentro, entre el polvo y la soledad no vas a encontrar cuartos sino una red. Se-guila, subite a ella y la red te llevará a algún lado”.

Al cabo del tiempo encontré una casa llena de ticos, unos treinta, viviendo estrechamente, cocinando en una plantilla de gas, hablando del futbol dominical y de la política como si aún pudieran asistir al estadio y vivir lo que ocurría a miles de kilómetros de distancia. Estaba en un barrio malo, de calles sucias y pintas en las paredes. No era, sin embargo, de los peores. No, esos se encontraban ciudad adentro. Podías identificarlos por el tipo de grafiti, esos códigos desplegados a lo largo y ancho de los muros y aceras. La mayoría de nosotros no entendía el significado de las pintas. No era necesario, bastaba saber que te encontrabas en territorio reclamado por alguna pandilla, y si

podías era mejor largarse cuanto antes. Si no podías, no quedaba más alternativa que negociar los términos de tu sumisión a la violencia.

La lógica indicaba que la casa de ticos era lugar de paso, por lo que algunas mañanas aparecían caras nuevas, en tanto las de ayer desaparecían. “Hoy estás, mañana, no”, me había explicado el amigo de mi amigo. “Tuyo es el catre que te han alquilado, nada más. Irte es tu destino. No debes apurarlo, pero tampoco podés dormirte en los laureles”. A mí me daba pereza estar presentándome a los recién llegados y decirles adiós a quienes se marchaban. Detestaba el fútbol, los chistes repetidos una y otra vez con leves variantes, la insistencia de que no hay nada mejor en el mundo como lo peor que se ha dejado atrás. Yo no hablaba mucho. Mi silencio no era bienvenido, pero al menos respetado.

Prefería estar en las calles, conseguir un trabajo, fuera este lo que fuera: limpieza de jardines o edificios, construcción, lo que fuera. Permanecía atento durante los largos recorridos en autobús, en ruta hacia las esquinas que tenían fama de seguras y donde nos reuníamos a esperar el trabajo del día. Así anduve entre gente de muchas partes, rostros que a veces reconocía, rostros que a veces creía reconocer. Pero yo estaba en lo mío, tan callado y al mismo tiempo alerta de lo que pasara alrededor. El amigo de mi amigo me había enseñado a desconfiar, pues cualquiera de esas personas que aguardaban la oportunidad de oro podía ser un agente encubierto, un oficial listo para guiarte hacia una trampa que significaba largas semanas en esas cárceles donde no había nombres, ni luz, ni esperanza. Luego te presionaban para obligarte a firmar papeles en los que renunciabas a tus derechos, o largas comparecencias ante los jueces. Al final de cualquiera de los caminos vendría la deportación.

Pero también entre los desconocidos podía estar esa persona que el destino en ocasiones te ofrece. Si ese alguien finalmente iba a reconocerme en la inmensidad de Los Ángeles, yo debía estar listo. Tal vez deseaba tanto esa oportunidad —no se la confesaba a nadie excepto a mi madre, con quien hablaba desde los teléfonos públicos usando las tarjetitas que compraba en las estaciones de gasolina— que tuve que provocarla, incluso a pesar de los riesgos. ¿De qué otra

LOS TERRITORIOS AUSENTES

manera se llega al final del camino? Una tarde volvía del trabajo hacia el bus stop cuando me pareció escuchar que me llamaban desde un carro. El chofer hacía sonar el claxon y se dirigía a mí con palabras que yo apenas podía entender. Se detuvo un poco adelante y me asomé por la ventanilla, aunque mi inglés y mi conocimiento de la ciudad no me hubieran permitido orientar al conductor en caso de que estuviera perdido. Pero no era así. El desconocido me invitaba a subir al carro, a irme con él. Yo aún estaba sucio después la jornada de trabajo, con una camiseta rota y un viejo casco repleto de magulladuras, pero así me quería el hombre. “Yo gusto tú”, dijo varias veces para convencerme. Mencioné una cantidad de dinero, él aceptó con una inclinación de cabeza. Entonces subí y le hice una señal para que avanzara.

El hombre hablaba sin respiro, así engañaba a sus temores y al mismo tiempo le abría paso a la excitación de tener cerca a ese objeto que era yo. Por mi parte, en esas circunstancias prefiero saborear lo que mi cuerpo y mi corazón me dictan. Sí, estaba un poco nervioso, pero simplemente me dejaba ir, aceptar mi suerte. El corazón me palpitaba un poquito más rápido, a la vez creía oír con mayor claridad todo, desde el tráfico hasta el roce de un papel contra el asfalto. A la cháchara del hombre le respondía con una mirada. Nuestro único juego se daba cuando pretendía quitarme el casco y el hombre, hablando aún más rápido, me indicaba que no. Levantaba su mano como para volver el casco a su lugar, pero no se atrevía a tocarme, tan inmensa era la soledad a la que se había acostumbrado a vivir.

Llegamos a uno de esos moteles de camino como los que salen en las películas. Probablemente construido en los cincuentas, sus épocas de gloria se habían acabado décadas atrás, y ahora mostraba con descaro su decadencia. Aún así era mucho mejor que algunos lugares de paso que había conocido en San José, especialmente en los alrededores de ciertas estaciones de autobuses. Allí tenían un aire siniestro, una promesa de peligro que los clientes habituales quizás no podían percibir, pero que para mí eran parte indispensable de la aventura. Los moteles de acá habían perdido todo: el brillo, el misterio, la rebeldía contra las reglas. ¿Sería por eso que había tantos asesinatos en este tipo de locales?

Ya en el cuartillo, le indiqué al hombre que deseaba ver el dinero. Me mostró unos billetes, pero los puso de nuevo en su cartera mientras decía algo y se llevaba la mano al corazón. Después empezó a quitarse la ropa. Yo también lo hice y me eché en la cama. El hombre apiló las almohadas encima de una manta que había encontrado en el clóset, de tal forma que yo quedara reclinado. Ya desnudo el hombre parecía muy frágil, demasiado blanco, el cuerpo hecho a las exigencias de una oficina, con una barriguita que contrastaba con los huesudos hombros. Me pidió permiso para besarme. Lo dejé, pero no en la cara. Me fue acariciando sin prisa, buscando dónde mi cuerpo reaccionaba. La caricia me trajo recuerdos. La memoria se activó no solamente en la piel, sino también en los olores de otras épocas, cuando no pensaba en el futuro porque el futuro siempre estaría allí, de puertas abiertas, esperando. Entonces tener sexo era crecer, acercarse un poco más a ese mañana lleno de sensaciones, de un bienestar surgido de la nada, dispuesto a nuestros pies. Yo me acostaba con alguien en ruta hacia el futuro mientras el presente no pasaba de ser un tránsito. Por eso estaba ávido de aprender, de acumular un cuerpo más en mi viaje hacia otros territorios, hacia otros cuerpos, hacia todos los cuerpos.

En el motel yo estaba tan solo como el desconocido que tenía prendido de mí. Quizás por eso el pasado se fue diluyendo en otras sensaciones, o más bien en lo inmediato, en lo que ocurría justo en ese momento, entre dos hombres que se habían encontrado en la calle. No había otra cosa más allá de nuestra respiración, de los ruidos y exclamaciones que espontáneamente surgían. El afuera intentaba invadir el cuarto con sus demandas: pasos al otro lado de la puerta, un televisor a todo volumen, alguien hablando a gritos, luego un silencio, luego más gritos. Aquí en el cuartillo, el placer que ese hombre me daba carecía de memoria y era bueno. El placer palpitaba piel adentro reconciliándome con el mundo, consumiendo las incertidumbres hasta no dejar de ellas más que unas cuantas cenizas dispersas. Y el placer provocaba cierta textura en nuestra piel, una transpiración sutil que la hacía brillar, una tensión muscular que nos volvía más bellos. Finalmente me vine y creo haber entrecerrado los ojos por un instante, pues cuando de nuevo volví a percatarme de donde estaba

LOS TERRITORIOS AUSENTES

—como si por esa fracción de eternidad hubiera perdido contacto con todo que no fuera placer— el hombre me estaba mirando fijamente, como guardando la imagen para un recuerdo posterior, ojalá uno muy hermoso. Su rostro se había transformado también. Tenía colores más intensos, una agitación distinta a la ansiedad de cuando nos topamos en la calle. Se mordía los labios, tal vez frustrado porque algo debía ser dicho en ese momento y ni él ni yo teníamos la capacidad de manifestarlo, de hacerlo entender. O quizás trataba de contener ese beso que aún yo no le había permitido. Luego se incorporó sobre la cama, me pidió permiso para abrazarme. Yo le dije que no.

Se llamaba Billy. Cuando me dejó en la esquina donde me había recogido horas atrás apuntó su nombre y un número de teléfono. Me dio el pedazo de papel mientras repetía como un ruego: —Call me any time. Is that okay, babe? Do you understand? *Ya- ma-me* . . . ¿Entiendo?

Yo le agradecí: —Sí, te llamo pa' trás.

Su letra era insegura, torpe. Cuando me bajaba del carro me re-tuvo por el brazo para hacerme una pregunta.

—Marcos —le respondí.

—Markus —dijo él—. Mark, you're Mark.

Billy volvió a morderse los labios, luego soltó un “hasta la vista” con acento fortísimo, como lo había aprendido después de ver muchas veces las películas de *Terminator*.

Billy y yo nos seguimos viendo a lo largo de algunos meses. No sabría decir si nos queríamos, nunca lo he sabido con nadie. En mi relación con Billy, además, estaba de por medio el pago de un servicio, cada vez más a su gusto y según sus necesidades, por lo que la palabra *amor* no parecía ajustarse muy bien, al menos si uno lo veía desde la perspectiva que enseñaban en casa, en la iglesia, en la escuela y hasta en los periódicos. A menudo yo pensaba en él con cariño, en los detalles con lo que intentaba halagarme, en las cosas que iba aprendiendo sobre su pasado, una vida anclada en relatos de niñez en un pueblo de apenas quinientos habitantes, casi nunca en el diario vivir, ni en la ciudad de Los Ángeles. Me hubiera gustado conservar una foto suya, al menos saber dónde vivía, pero esos no eran temas de

conversación. ¿Nos queríamos? Quizás, pero también teníamos muy presente que lo nuestro era una transacción beneficiosa para ambos. Por eso Billy recibía toda la atención, y por el contrario yo casi nunca hablaba de mí mismo, ni Billy parecía entender cuando yo mencionaba Costa Rica y mi propia historia. En nuestros encuentros había una llamada telefónica, un lugar donde yo debía esperarlo, un monto que Billy nunca me entregaba directamente en las manos, sino que aparecía discretamente en el bolsillo de mis pantalones, sumas que ya no necesitábamos discutir pues el menú de servicios y precios ya era suficientemente conocido.

Pero tal vez Billy me amaba incluso más allá de lo que yo admitía entender. Una noche, durante una cena en un *diner* —no era muy refinado en sus gustos, así que no pasábamos de *burger joints*, restaurantes chinos o taquerías callejeras, lugares de los que yo desconfiaba— empezó a jugar con un pequeño sobre. Con los dedos medio e índice se inventó un jugador de fútbol que corría desordenadamente por la mesa entre servillas sucias, migas de pan, gotas de refresco, y que de cuando en cuando empujaba el sobre hacia mí. Yo me había cruzado de brazos, no muy seguro de la actitud correcta en esas situaciones. Cuando tuve el sobre al alcance de la mano, Billy me indicó que lo abriera.

—A present —dijo con voz muy suave.

—¿Estamos celebrando algo? ¿A celebration?

Billy se encogió de hombros.

El sobre contenía una tarjetita azul, con mi nombre y un largo número entre dos columnas como de iglesia. Una especie de viga cruzaba la parte superior de lado a lado. Sobre ella estaban impresas las palabras “Social Security”.

Billy abrió una libreta. Luego de aclararse la garganta con un sorbo de gaseosa empezó a leer. Seguramente había repasado la lectura por horas, y aún así apenas podía darse a entender: —Ahora tú es alguien en esta país. Con seguro social number poder pedir una conductor’s licencia y ser libre . . . ¡Welcome to America, babe!

Dejé caer la tarjeta sobre el mantel sucio, no podía sostenerla. Levanté las manos para mirar cómo temblaban. Eran unas manos ajenas,

porque las mías nunca me traicionaban, jamás habían puesto al descubierto mis debilidades. Cuando estaba a punto de empezar a agradecerle, Billy hizo un gesto demandando silencio. Se puso a comer con calma, como nunca antes lo había hecho. Cortaba trocitos de pan como para un niño, bebía la gaseosa ceremoniosamente, me miraba desde una distancia nueva para mí. Probablemente dijo algo así como “cualquier agradecimiento después, en la cama”, o al menos eso quise entender.

—Come la cena, Markus.

¿Pero cómo podía comer tranquilo? El temblor en las manos no cesaba y no me sentía alegre, sino en pánico, tal vez porque la relación entre Billy y yo estaba dando un giro demasiado dramático. Nunca más podría decir que todo malentendido quedaba saldado cuando Billy dejaba como por olvido unos billetes en el bolsillo de mis pantalones. Ahora le debía algo cuyo valor era imposible calcular. Ese papelito azul escondía una cadena de secretos, desde las influencias de Billy hasta la posibilidad de que me estuviera tendiendo una trampa. Yo jamás le había pedido nada, ni soñaba un futuro con él. Nunca le había mentido, en parte porque nuestras conversaciones eran tan primitivas, basadas en frases y palabras sueltas, en gestos, dibujos y sobrentendidos. ¿Se puede mentir cuando no sos capaz de expresar plenamente aquello que está dentro de vos? Si alguna vez pensé en Billy, lo hice porque él era algo inmediato y concreto. Sí, en cierta forma la tarjetita azul me liberaba, pero a la vez me oprimía de un modo hasta entonces desconocido. Entonces me di cuenta de que las manos me temblaban de rabia, que mis músculos estaban tensos porque no podía lanzarme al cuello de Billy, apretarlo y apretarlo hasta que él ya no pudiera respirar y sus huesos se astillaran. Me estaba comprando con esa tarjetita que yo no podía rechazar. ¿Qué vendría después? ¿Un apartamento? ¿El control de mis llamadas, de mi paradero? Finalmente pude comer, no mucho, pero sí lo suficiente como para ir recuperando la calma. Bebí mi refresco, puse atención cuando Billy volvió a hablar y sus temas fueron los de otros encuentros. Después nos fuimos al motel e hicimos el amor como nunca antes, con mutua generosidad. Hacia las seis de la mañana me dejó en la esquina acostumbrada. Tomé el bus,

casi vacío porque era sábado y a esa hora los pasajeros eran sobre todo trabajadores de los turnos de noche. Muchos dormitaban recostados a la ventanilla, otros conversaban de cierto partido de béisbol en televisión. Unas señoras se recomendaban remedios caseros para combatir el insomnio de los niños.

Bajé dos paradas antes de la mía. Di algunas vueltas por si acaso Billy me venía siguiendo. Después recogí mis cosas y salí de la casa donde había vivido hasta entonces. Los paisanos ticos seguían durmiendo. Si acaso alguno me oyó preparar mi mochila, prefirió ignorarme. De esta manera se cumplía la primera regla de la casa: la gente va y viene pero la comunidad permanece, porque esa cama vacía será ocupada por otro desconocido, quien algún día, en medio de la celebración o el silencio, también ha de tomar sus pertenencias y desmaterializarse.



Mi padre y yo hablábamos muy poco. Cuando él respondía el teléfono intercambiábamos algunas frases, como preguntas aprendidas sobre temas neutros: el costo de la vida, los tíos, el clima, el fútbol. En ocasiones también le preguntaba si había recibido la remesa correspondiente a ese mes, y la respuesta era también invariable: “Sí, más o menos en la fecha de siempre, Dios se lo pague”. Jamás me enteraba por él de sus problemas o enfermedades. Por mi mamá sabía, por ejemplo, que mi padre había estado en el hospital por diversas dolencias, que el corazón ya no le funcionaba igual, que tenía el sueño alterado y entonces se despertaba mucho antes del amanecer y dormitaba el resto del día, fuera en una silla frente al televisor o en el viejo sofá de la sala, con un radio de transistores al oído o el periódico abruptamente deshojado a sus pies. Pero en nuestras conversaciones el mundo siempre andaba bien, y él era el mismo padre de siempre, incapaz de quejarse.

A mí también me costaba compartir mi vida con él. Jamás le conté de Billy, menos aún de todos los trucos para hacer dinero extra. No le había hablado nunca de las dos o tres jornadas de trabajo en

LOS TERRITORIOS AUSENTES

construcción, en cocina, en limpieza, o de esas ocasiones en que saqué partido de mi cuerpo y de las fantasías ajenas para ganar en pocas horas lo que de otro modo hubiera requerido días. El dinero llegaba, eso era suficiente. Fluía como parte de un sueño hacia mis bolsillos y de mis bolsillos hacia Costa Rica. Para mis padres, a este lado del mundo las fantasías más salvajes tendrían que materializarse en un carro enorme, una casa en los suburbios, un jardín, un tractorcito para podar el césped, una familia como las de la televisión, con niños rubios y esposa impecable. Pero en mi realidad no habría mujer, y eso se quedaba sin discutir. Tampoco niños ni casa en el suburbio. El dinero no dejó de llegarles ni aún cuando me fui de Los Ángeles, así que mi ausencia de ese territorio no pasó de ser una historia en cierto modo abstracta, pues lo mismo daba aquí o allá en tanto las remesas siguieran arribando puntuales.

Me fui aunque no era necesario: Los Ángeles te permitía desaparecer sin problema alguno. En ese momento, sin embargo, no lo sabía. Quizás aún me imaginaba en Cartago, donde en cada esquina puede uno encontrarse a un conocido. Así que tomé un autobús y otro y otro, buscando siempre el corazón de cada ciudad, esos centros abandonados a los indigentes, los negros y los inmigrantes, siempre al borde del abismo a causa del crimen, la falta de espacio, los conflictos entre los que estaban jodidos. Los suburbios siempre me han parecido pálidos, falsamente seguros, pues la violencia que no se libera en las calles explota dentro de las casas. Prefería el barrio con la tiendita de la esquina donde se podía comprar lotería y enviar dinero al país de las nostalgias; con esas farmacias sucias en las que vendían más chucherías que medicinas y donde el farmacéutico y sus ayudantes eran viejos, lentos y se equivocaban. Prefería vivir donde las licorerías estuvieran rodeadas de barrotos para protegerse de los robos y a la vez recordarles a los clientes el eventual destino de quien bebía desmedidamente. No me importaba ver los autos patrulla pasearse despacio por la calle, con los policías dando órdenes por un altavoz para disolver grupos de prietos o latinos, o desplazándose en grupo para hurgar en aquello que la sombra ocultaba: drogadictos a punto de

caer en la inconciencia, indigentes, extraños paseantes, algunos con sus perros, otros como esperando, otros al acecho.

Pero con mi padre la conversación tenía límites. Hablábamos del frío, tan diferente cuando vivís en el Norte, tan incomprendible para los del Sur. Hablábamos de las eternas crisis económicas en Costa Rica, de que ya no valía la pena salir a votar: “¿Por qué, mi tata?” “Porque todos los políticos se tapan con la misma cobija”. No podía esperar explicaciones más detalladas, pues mi padre siempre se había guardado para sí la mayor parte de sus sentimientos, opiniones e ideas, y solamente dejaba a la vista algunas frases aisladas, las cuales carecían de sentido para quien no comprendiera a los solitarios absolutos.

—¿Sabés una cosa? —dijo en una ocasión después de un silencio largo, aunque pudo ser simplemente profundo—. Estoy yendo a la biblioteca pública.

Volvimos a guardar silencio. Si yo le hubiera respondido con un comentario sobre mi vida, él hubiera dejado de contarme su rollo.

—¿De verdad? —dije solamente para animarlo a continuar, aunque quería confesarle que yo ya no leía como antes, cuando acababa un libro en una noche de lectura frenética.

Cuando era niño mi padre iba al baño de madrugada y me reprimía al encontrarme en vela, sumido en el descubrimiento de mundos tan particulares que al levantar la cabeza del libro yo miraba desconcertado alrededor, inseguro de dónde estaba y de quién era ese hombre ceñudo que desde la puerta me mandaba apagar la luz y dormir.

—Tienen unos libritos sobre personas famosas que se quedaron ciegas . . . Siempre encuentro a alguien que me lo lea.

Contuve el aliento. Quizás ahora me revelaría su secreto, pero ojalá no me pidiera ayuda.

En esa época me dedicaba a conducir camiones. Deambulaba por el país la mayor parte del tiempo, parando en moteles baratos, comiendo en *joints* de choferes, oyendo historias de camino sin compartir las mías.